

## Proclamando la esperanza de Cristo al mundo

*Este artículo es la transcripción de la predicación del Dr. Pablo Martínez Vila en la clausura del VII Congreso Evangélico Español (celebrado en Barcelona en Diciembre 2007).*

«Dejad toda esperanza». Así rezaba el letrero colgado a la entrada del infierno de Dante («La Divina Comedia»). Ésta parece también la situación de muchas personas hoy para quienes la vida se ha convertido en un infierno porque han perdido sus esperanzas. Y es que el ser humano vive de esperanza; la esperanza constituye el motor de la vida, es lo que nos mueve-motiva. Todos, cristianos y no creyentes, estamos de acuerdo en que la esperanza es indispensable para vivir. Dos citas nos recuerdan esta realidad:

- ◆ Albert Camus, pensador existencialista ateo: «Quien no tiene esperanza y es consciente de ello, ya no tiene porvenir».
- ◆ Emil Brunner, teólogo protestante: «La esperanza es a la existencia humana lo que el oxígeno es para los pulmones. Sin oxígeno, uno muere de asfixia. Sin esperanza, uno sufre por la sofocación de la desesperación, debido a un sentimiento de vacuidad, de lo absurdo de la vida».

Sólo la esperanza puede dar sentido a la vida y arrojar luz a los rincones más oscuros de la existencia. La falta de esperanza es un morir ya en vida. Pero la cuestión esencial es *qué esperamos* –o mejor aún– *en quién esperamos* y si nuestra esperanza tiene alguna base. Por ello, queremos en este artículo mirar más alto y más lejos, allá donde los ojos de la fe nos ayudan a encontrarnos con el Dios de esperanza y proclamar esta realidad al mundo.

### La esperanza en tiempos de desesperación

Antes de proclamar el mensaje de esperanza en Cristo, hemos de conocer a nuestro destinatario, la sociedad en la que nos toca vivir. Sólo si conocemos su situación, sus necesidades y problemas, lograremos ser relevantes. Por ello debemos considerar, aunque someramente, **el contexto actual**:

«El pesimismo, el cinismo y el escepticismo son la atmósfera de la Europa contemporánea. El optimismo moderno basado en la idea de progreso (que caracterizó los últimos 50 años) se considera hoy un mito ingenuo. La Europa de hoy ha sido profundamente moldeada por un siglo de baños de sangre» (Stuart Mc Allister, apologeta evangélico contemporáneo). Algunas de estas sangrientas páginas las tenemos muy cerca en el tiempo; tal es el caso de la atroz matanza de Srebrenica, en la ex Yugoslavia, donde en un solo día fueron ejecutados todos los varones del pueblo, desde adolescentes hasta ancianos, dejando la escalofriante cifra de 6000 muertos a sangre fría.

Sí, la situación del mundo hoy se caracteriza por el temor y el escepticismo ante un futuro con muchos nubarrones y pocas señales de esperanza. ¿Es una afirmación exagerada, alarmista? No, hay evidencias muy cercanas –quizás en nuestras familias o en nuestras ciudades– de que el progreso moral del hombre no ha ido parejo a su avance material y científico. He aquí unos pocos ejemplos que son la consecuencia práctica de esta crisis:

- ◆ La depresión, según la OMS, es la tercera enfermedad en importancia hoy, y dentro de 20 años, ocupará el segundo lugar.
- ◆ El suicidio se ha convertido en una verdadera plaga entre la juventud, siendo la primera causa de muerte entre los 18-25 años.

- ◆ La violencia y la agresividad en sus múltiples formas (escolar, doméstica, bandas juveniles etc.) están creando una situación de alarma en muchas ciudades donde el destruir por destruir es casi un «hobby».
- ◆ Los trastornos de ansiedad afectan a un 20% de la población en España.
- ◆ La fragilidad de las relaciones, en especial las más básicas y significativas como el matrimonio y la familia, abocan a muchos a la inseguridad sobre el futuro. La filosofía del «nada a largo plazo» destroza vidas y familias al minusvalorar y hasta ridiculizar la idea de compromiso y de fidelidad.

Si vivir con esperanza es siempre importante, se torna imprescindible en épocas de crisis. Decía el pensador español Unamuno: «De la desesperación es de donde nace –ha nacido siempre– la verdadera, la auténtica esperanza. La desesperación es el suelo de donde nace la esperanza verdadera, esa que va creando la fe que se espera».

Unamuno tiene parte de razón: cuando el hombre toca fondo, de ahí puede surgir esperanza; pero, esta «función esperanzadora de la desesperación», ¿es suficiente? ¿lleva a alguna parte? Según el pensador francés Edgar Morin, no es así: «Nos sentimos perplejos y desorientados desde que sabemos que no somos más que una bola de fuego que gira como una peonza en medio del espacio celeste».

Veamos ahora en qué consiste la esperanza que queremos proclamar a esta sociedad en crisis, ¿cuál es su contenido? El texto de Romanos 15:13 nos responde a tres preguntas básicas sobre la esperanza:

- ◆ ¿De dónde viene? Su origen.
- ◆ ¿Cómo se manifiesta? Sus efectos.
- ◆ ¿Cómo se consigue? Su aplicación personal.

## El origen de la esperanza: Dios

«El Dios de esperanza...» (Ro. 15:13a)

Dios mismo es nuestra esperanza, Él en persona: «para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo... alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...» (Ef. 1:17-18).

La Historia desde el punto de vista bíblico es *la historia de una esperanza*, la esperanza de la salvación. Desde el principio Dios ha sido el dador de la esperanza:

Primero, a **un hombre**. El Dios personal busca al ser humano caído en el Edén para darle una palabra de esperanza: la primera promesa mesiánica (Gn. 3:15). Dios busca al hombre: ahí tenemos, por cierto, una diferencia singular entre el cristianismo y cualquier otra religión: una religión humana es el conjunto de esfuerzos que el hombre hace por llegar a Dios; va de abajo arriba. El cristianismo es exactamente lo contrario: el esfuerzo que Dios ha hecho por llegar al hombre (He. 1:1), va de arriba abajo. Por tanto, no todas las religiones son iguales.

Después, la esperanza se hace extensiva a todo **un pueblo**: «Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis» (Jer. 29:11).

Finalmente, culmina en Cristo y se hace extensiva para **toda la humanidad**: «Dios nos hizo renacer para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo... para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:3-4).

Por ello, esta doxología (Ro. 15:13) constituye a la vez un resumen y una conclusión lógica de toda la epístola a los Romanos. Empezaba su argumento central con aquellas memorables palabras: «El Evangelio es «poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...» (Ro. 1:16) y termina proclamando la esperanza inigualable de este mensaje.

Ahora bien, ¿qué esperanza proclamamos? ¿En qué consiste? Veamos el contenido, la sustancia de nuestra esperanza en Cristo. El texto nos presenta dos grandes facetas, inseparables como las dos alas de un pájaro:

- ◆ Esperanza para hoy: su dimensión presente.
- ◆ Esperanza para el futuro: su dimensión eterna.

### Los efectos presentes de la esperanza: Vidas transformadas

«...os llene de todo gozo y paz...» (Ro. 15:13b)

La esperanza no es algo hueco, un mero misticismo, una ilusión futura. Tiene unas consecuencias prácticas en la vida de cada día. En su sentido más literal de esperar, tiene una aplicación presente. Podríamos decir que tiene *la mirada puesta en el cielo, pero los dos pies en suelo*.

La esperanza de Cristo es el antídoto, el remedio para la desesperación de este mundo por varias razones:

#### **Por su contenido: Gozo y paz**

Se mencionan dos ingredientes esenciales:

**El gozo.** Es mucho más que alegría. Tener gozo no es lo mismo que estar contento. Los cristianos también lloran. El gozo fruto del Espíritu va más allá de un sentimiento. Es la actitud de Pablo y Silas en la cárcel de Filipos cuando, a pesar de tener el cuerpo magullado y dolorido por los azotes, «a medianoche, orando cantaban himnos a Dios» (Hch. 16:25). Pablo mismo resume lo que es el gozo cristiano en el formidable pasaje de Romanos 8:28-39, himno de cabecera de muchos creyentes a lo largo de los siglos: «Somos más que vencedores en Cristo».

**La paz.** No es la ausencia de problemas. Nuestra sociedad define la paz en un sentido negativo: no tener tensiones, «déjame en paz». La paz de Cristo es distinta: «mi paz os dejo... no como el mundo la da... en el mundo tendréis aflicciones, pero no temáis, yo he vencido al mundo». La paz de Cristo no es la ausencia de problemas, sino la presencia de Cristo en medio de estos problemas.

El concepto hebreo (*shalom*) es muy rico: denota un estado de serenidad, de bienestar interior, de armonía. El concepto moderno de salud (OMS) se acerca mucho a la idea bíblica de paz, probablemente está inspirada en ella.

Si la esperanza nos llena de gozo y de paz, ello tiene unas consecuencias visibles en la vida diaria. Mencionamos sólo una por su actualidad, hoy que tanto se habla de «calidad de vida»:

«Los creyentes viven más años y tienen más calidad de vida» (conclusión de la tesis del psiquiatra David Larson, autor de más de 130 artículos académicos, uno de los investigadores más destacados en la investigación entre religión y salud mental, quien trabajó durante 10 años en el Instituto Nacional Americano de Salud Mental).

Por lo demás, el cristiano no es sólo beneficiario de la paz, sino agente de paz, promueve la paz, como veremos en la dimensión comunitaria de la esperanza.

**Por su abundancia: Plenitud de vida**

La esperanza de Cristo es singular no sólo por su naturaleza o calidad, sino también por su cantidad, es abundante. El apóstol habla de plenitud: «el Dios de esperanza os llene...». Estar llenos de gozo y de paz nos recuerda la plenitud de vida a la que se refirió el mismo Señor Jesús en una de sus declaraciones más trascendentes: «He venido para que tengan vida y vida en abundancia» (Jn.10:10). El vocablo griego *perisson* es un comparativo cuya traducción literal sería «más abundantemente», o también «extraordinario, magnífico, superior, distinguido».

El deseo de Cristo es darnos «calidad de vida» en su sentido más completo: espiritual, por supuesto, pero también en todas las facetas de nuestra existencia la voluntad de Dios para nosotros es una vida «magnífica, superior». De este modo, la esperanza de Cristo sustituye el «vanidad de vanidades» de tantas personas hoy sumidas en la desesperanza por un gozoso «plenitud de plenitudes».

Ello nos lleva a una reflexión: la imagen que a veces damos como cristianos se aleja demasiado de esta abundancia de gozo y paz; en vez de estar plétóricos de esperanza, parecemos contagiados por el pesimismo del mundo; enfatizamos tanto algunos aspectos del discipulado como la renuncia, el sacrificio, que damos la impresión de que la vida cristiana es algo triste, poco atractivo. La esperanza de Cristo es lo más opuesto a algo lúgubre o aburrido. Y ahí precisamente radica uno de sus secretos para transformar vidas. Veamos un ejemplo:

«Conocí a dos personas que confesaban ser cristianos y, a pesar de ello, se distinguían por su elevada intelectualidad y por lo rebotante de su vida. Esto me atrajo para estudiar con ellos la persona de Jesús» (Theodor Bovet, destacado psicoanalista y consejero matrimonial).

Incluso Albert Einstein, quien no era cristiano, llegó a afirmar: «Soy judío, cierto, pero la figura radiante de Jesús ha producido en mí una impresión fascinadora... en realidad solo hay un lugar en el mundo donde no vemos ninguna oscuridad: es la persona de Cristo».

**Por su dimensión comunitaria: Relaciones nuevas**

La esperanza cristiana no es una experiencia individual, una bendición para disfrutar a solas. También aquí el cristianismo se diferencia de otras religiones, en especial de las llamadas «nuevas espiritualidades». Éstas, bajo la influencia de la Nueva Era y de las religiones orientales, se centran en el ego y promueven experiencias religiosas básicamente individuales, «que me haga sentir bien a mí».

No es así con la esperanza de Cristo; Pablo lo deja bien claro: «...para que abundéis en esperanza...» (Ro. 15:13). Es como un tesoro a compartir y está íntimamente relacionada con el otro gran pilar del mensaje cristiano: el amor. La esperanza, el amor y la fe –las llamadas virtudes teologales– forman un racimo inseparable entre sí e inseparable de la vida comunitaria. El creyente que nace de nuevo, nace también a un mundo de relaciones nuevas, las relaciones de la familia de la fe. Por esta razón, el Evangelio tiene poder para transformar no sólo vidas, sino también comunidades y familias.

Dos ejemplos destacados nos ilustran esta realidad: en Argentina las cárceles que están «gestionadas» por cristianos evangélicos –muchas veces por los mismos internos cuyas vidas han sido transformadas por el Evangelio– tienen un índice de conflictividad muy bajo y han llegado a ser un modelo muy positivamente elogiado por las autoridades y los medios de comunicación de este país. Algo muy similar ocurre en una prisión de Sudáfrica considerada como muy «peligrosa» antes del impacto del poder transformador de Cristo.

El otro ejemplo es la conversión de guerrilleros de movimientos terroristas en Perú, con cambios tan espectaculares en la vida y conducta de hombres antes muy violentos que sólo se

puede explicar por un poder sobrenatural. Sustituir la metralleta por la Biblia de un día para otro no es algo fácil.

La vida cristiana nunca puede limitarse al ámbito de lo privado; ciertamente tiene una dimensión personal e íntima, pero por su misma esencia –el Evangelio es una «buena nueva»– lo natural es compartirla. Ésta es la explicación al llamado «proselitismo», tan mal visto por nuestra sociedad que intenta encerrar y limitar el testimonio cristiano al ámbito de lo privado. Al evangelizar el cristiano no busca hacer adeptos a su religión para ganar algún mérito personal, sino «abundar en esperanza», es decir compartir la «perla de gran precio» que un día encontró y que ha transformado su vida. El quedárselo para uno mismo sería la negación misma del Evangelio. Ésta es la razón por la que proclamamos –«*proclamar* = gritar delante de»– esperanza en Cristo.

### Los efectos futuros de la esperanza: La visión de la fe

«*Yo viviré esperándote, esperanza*» (Miguel de Unamuno)

Hasta aquí hemos considerado los resultados presentes de la esperanza, sus efectos aquí y ahora. Sin embargo, en su dimensión más propia la esperanza mira al futuro. Como ya se ha dicho, «la esperanza tiene los dos pies en el suelo, pero la mirada en el cielo». Ahí es donde entra en acción la fe, el tercer «lado» de este incomparable triángulo de la vida cristiana: fe, esperanza y amor (caridad). La fe es la base de este triángulo, el fundamento en el que se basa la esperanza: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera» (He. 11:1, 26). Se trata de una vinculación lógica pues «la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos» (Ro. 8:24–25).

Pero, ¿puede surgir la esperanza de un simple esfuerzo humano, personal o colectivo? ¿Es la esperanza una mera confianza en los demás o en que las cosas irán mejor en el futuro? «No hay tarea más urgente que la de devolver un poco de esperanza a aquellos que ya no la tienen... Nos falta esperanza porque nos falta fe». Las palabras de este periodista en el periódico francés *Le Figaro* apuntan a la diana correcta: sin fe no hay esperanza. La cuestión es: ¿fe en qué o en quién? Ello nos lleva al final de nuestras consideraciones y, al mismo tiempo, al meollo del mensaje cristiano.

¿Qué esperamos en el futuro? Esperamos a una persona: Cristo. La segunda venida en gloria del Señor Jesús es el ancla de la esperanza cristiana. Pablo nos lo deja claro en su carta a Tito: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado... aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y salvador Jesucristo» (Tit. 2:11-13; ver también 1 P. 1:13 entre otros).

Ahí radica la gran diferencia entre la esperanza de las ideologías humanas –la utopía del marxismo, por ejemplo– y también la de las religiones orientales cuya esperanza consiste en una difusa supervivencia de algo llamado «espíritu», en un estado donde el ser humano pierde su individualidad para perderse en una fusión cósmica con el Universo o para reencarnarse en otra vida futura. El cristiano, por el contrario, aguarda una relación personal con Cristo –en el Cielo– juntamente con todo el pueblo de Dios (Ap. 21). Según nos enseña Ro. 8:23, esta expectativa tiene dos rasgos distintivos: «...y también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo». Aguardamos:

- ♦ **La adopción como hijos.** Uno de los privilegios esenciales del cristiano –Dios es mi Padre– alcanza su clímax en el Cielo. Aquí en la tierra tenemos ya un anticipo; podemos dirigirnos a Dios como «el Padre nuestro que estás en los cielos», el Abba. Pero esta relación tan personal alcanzará su máximo esplendor cuando «Dios mismo estará con ellos como su Dios, y enjugará toda lágrima...» (Ap. 21:4). ¡Incomparable privilegio el ser llamado hijo adoptivo de Dios!

- ♦ **La redención de nuestro cuerpo.** El cristiano no cree en la mera supervivencia del alma, sino en la resurrección del cuerpo. Hay muchas cosas que no sabemos sobre la vida futura en el cielo, pero una sí es segura: de forma tan misteriosa como cierta vamos a conservar nuestra identidad personal. Yo seguiré siendo yo. Ello será así por cuanto la imagen divina en nosotros hace que cada uno sea único e irrepetible a ojos de Dios. De ahí deriva la santidad de la vida humana, es decir que nadie puede matar a otro ser humano (Gn. 9:6). El Cristo resucitado tenía un cuerpo; era un cuerpo glorificado, pero aun así conservaba las cicatrices del martirio en la cruz y Mará Magdalena fue capaz de reconocerle por la voz.

Sí, la esperanza es inseparable de la fe personal en Cristo. No se alimenta de la nada ni surge espontáneamente del «suelo de la desesperación». En Él se hacen plena realidad las palabras del salmista: «Contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz.» (Sal. 36:9).

Esta esperanza que se alimenta de la fe cambia por completo nuestra visión y nuestra reacción ante:

- ♦ *La brevedad y la fragilidad de la vida:* «Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive, ciertamente como una sombra es el hombre» (Sal. 39:5-6). Al contemplar la vida como un tránsito hacia una «patria mejor», puedo mantenerme «gozoso en la esperanza y sufrido en la tribulación» (Ro. 12:12).
- ♦ *El dolor y el temor a la muerte:* «no lloréis como los que no tienen esperanza». La esperanza en Cristo no nos hace inmunes al dolor de la separación o a otras formas de sufrimiento. Pero el cristiano tiene la certeza de que en el drama de la vida hay un segundo acto. Y en esta segunda parte, a la que llegaremos en breve porque la vida es un pasaje corto, nos aguarda «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:3-4).
- ♦ *El sinsentido del sufrimiento humano.* Puede que ahora hayamos de sufrir «por un poco de tiempo» (1 P. 1:6). Pero el latigazo del sufrimiento –sea cual sea su forma de presentación- queda relativizado por la perspectiva de su final seguro. En la cruz, Dios le puso fecha de caducidad al sufrimiento: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro. 8:18).

Todo ello transforma nuestra actitud y nos trae consuelo. La visión de la esperanza es la visión de la eternidad y abre ante nuestros ojos una perspectiva que deviene bálsamo para el corazón herido y le da sentido a la vida.

El himno «Habita en mí», escrito por un sencillo creyente inglés en su lecho de muerte, nos proporciona un excelente resumen del consuelo que reporta la esperanza en Cristo:

*Habita en mí, Señor, vive conmigo  
La tarde tristemente se apresura,  
Condensan las tinieblas la pavora  
Y estoy contento porque pienso en ti.*

*¿Dónde se halla, oh muerte, tu aguijón punzante?  
¿Dónde, se encuentra, oh tumba, tu victoria  
He de triunfar y te veré en la gloria  
Si habitas, oh Señor Jesús en mí.*

A modo de conclusión, y de forma muy breve, no podemos omitir una parte del versículo que es esencial: «en el creer... por el poder del Espíritu Santo».

Todo lo dicho hasta aquí no es obra humana, es una obra realizada por el Espíritu Santo. La esperanza alcanza su clímax en la cruz vacía –la resurrección de Cristo- pero se hace visible en

Pentecostés. La aplicación de la esperanza a la vida del creyente es una experiencia sobrenatural, no un logro humano. De ahí la necesidad de depender de Dios para ir recibiendo por la acción del Espíritu Santo la esperanza de Cristo. Toda la Trinidad está implicada.

En el pasaje profético de Is. 61:1-3 se dice de Cristo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón... a consolar a todos los enlutados... a ordenar que a los afligidos se les dé gloria en lugar de ceniza... manto de alegría en lugar de espíritu angustiado...». Éste es el mensaje de esperanza que sigue vigente y ésta es la esperanza que proclamamos hoy al mundo en el siglo XXI.

La fidelidad de Dios en el pasado es la base de nuestra esperanza para el futuro, por cuanto en Él no hay «mudanza ni sombra de variación» (Stg. 1:17). Por todo ello, como David al considerar el carácter transitorio de la vida (Sal. 39:7), nosotros también exclamamos:

*«Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti».*

*Dr. Pablo Martínez Vila*

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

**Pensamiento Cristiano** es una web de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano** en la dirección <http://tienda.pensamientocristiano.com>.

Copyright © 2008, Pablo Martínez Vila  
Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los Temas del mes,  
citando siempre el nombre del autor y la procedencia  
(<http://www.pensamientocristiano.com>)